

XVII.

EL CASTIGO.

La lucha era entre Roberto y el marqués; Blas y Bibandier callaban. Macrocéfalo dirigía estraviadas miradas hacía el pobre lecho de Benito.

—Si no se tratara mas que del rescate de Penhoel, prosiguió Roberto, no me hubiera cuidado de molestaros, señor marqués; pero teneis que temer otras muchas cosas.

¡Ya sabeis que ese Luis de Penhoel es un adversario terrible!

—¿Lo habeis visto? prosiguió Pontalés.

—¡Como á vos!

—¿Y es siempre el mismo?

—Siempre, siempre valiente, siempre jóven. El día en que vuestro hijo cayó atravesado por su espada, habia salido vencedor Luis de Penhoel de cuatro desafíos.

—¡Pobre hijo mio! murmuró Pontalés, que habia olvidado algo su paternal dolor. Decís que no ha muerto y á su edad vuelve de tan lejos.

Vamos, señores, añadió dando á su fisonomía esa espresion de honradez que ya le conocemos; mucho siento haberme separado de vosotros. Pasado el primer momento de sorpresa, estoy mas satisfecho que descontento de volver á veros.

Roberto le tendió la mano.

—Eso se llama hablar, Pontalés, exclamó, tanto mas cuanto que vuestra sinceridad está al abrigo de toda sospecha. Puesto que os esplicais así, voy á decíroslo todo. Primero traemos de Paris á René de Penhoel y su mujer.

—¡Ahl dijo Pontalés; ¡vienen con vosotros!

—¡Naturalmente! Necesitábamos un arma contra vuestra inmensa habilidad, señor marqués. De una manera ú otra Penhoel posee los medios de rescatar su propiedad.

Además (no quiero ocultároslo), el día que Penhoel entré en su castillo, os vereis casi obligado á abandonar el vuestro, con mas los magníficos dominios que lo acompañan.

—¿Cómo?

Roberto sacó el reloj.

—¡Las diez! murmuró hablándose á sí mismo.

Dentro de media hora estará aquí René. Dispensadme si no entro en esplicaciones detalladas, porque el tiempo vuela y apenas tenemos el necesario para estender las actas que debemos firmar.

Pontalés no respondió, pero dirigió una mirada en torno suyo.

—Sin duda..... ¡sin duda! prosiguió Roberto, que interpretaba esa mirada furtiva; somos tres contra uno, porque Mr. Le-Hivain permanecerá neutral en caso de que llegue á declararse la guerra. Podremos usar de la violencia á nuestro capricho; pero no temais nada, señor marqués; no tendremos necesidad de ello.

Nuestro interés requiere que se forme entre nosotros una estrecha alianza, alianza sólida esta vez, y que no pueda romper ya vuestro capricho.

Volvióse hácia el abogado, que se calentaba los zapatos en un rincón del hogar.

—Preparad la pluma y el tintero.

—Mr. Le-Hivain, prosiguió, he aquí dos hojas de papel sellado. Tened la bondad de redactar una escritura entre el marqués de Pontalés por una parte y nosotros tres de la otra, por la que se dividan en cuatro partes iguales los antiguos dominios de Penhoel.

—¿Y no me queda á mí mas que la cuarta parte? murmuró el marqués.

—Cada uno de nosotros, replicó Roberto, conservará una de las otras tres restantes.

—Prefiero sufrir el rescate.

Roberto dió el papel sellado.

—Permitid, dijo haciendo á Pontalés un movimiento de cabeza amistoso, no teneis derecho á elegir; si no estais de nuestra parte, estaremos nosotros contra vos.... ¿no es así, compañeros?

Blas y Bibandier se agitaron en sus escabeles.

—Y si estamos contra vos, prosiguió Roberto, recordaremos ciertas antiguas cuentas que os causarán algunos perjuicios. Mr. Le-Hivain, escribid mas ligero.

—¿Para qué? dijo Pontalés; no firmaré.

—Firmareis, amigo mio. Reflexionad que el diablo se mezcla en nuestros asuntos: las hijas del tío Juan no han muerto como se creia.

Pontalés se estremeció.

—El anciano Benito acaba de decirlo en su original lenguaje. Están llenas de vida y no ignoran nada de vuestra buena voluntad con respecto á ellas. Pero lo curioso es que Luis de Penhoel ha hallado su familia por mediacion de las muchachas. Las ama con delirio, y os aseguro que como llegue á pasar el rio por Port-Corbeau, no tardareis mucho en tener noticias suyas.

—He aquí una copia, dijo Macrocéfalo.

Roberto le dirigió una rápida mirada.

—Sacad otra, dijo.

Le-Hivain comenzó á escribir.

—Pero en fin, murmuró Pontalés, que parecia dudar, ¿en qué puede protegerme la firma de ese documento?

—Dentro de un cuarto de hora, prosiguió Roberto, pedirá la barca René.

Estamos armados, y para vos traigo aquí un puñal.

—¿Para mí?

—Para vos, porque esta vez todos tendremos nuestra parte de trabajo; seremos cinco, contando con Mr. Le-Hivain, que no nos negará su ayuda.

—Soy un hombre pacífico, balbuceó Macrocéfalo.

—Aumentareis el número y no sereis inútil, porque tendremos que combatir mas de un adversario.

—¿Luis de Penhoel? preguntó Pontalés en voz baja.

—Luis de Penhoel, repitió el Americano.

Hablaba contra su convicción.

Segun él, el nabab debía permanecer aún en París, ó cuando mas en el camino de Bretaña. Pero necesitaba otro objeto mayor de terror que René.

Pontalés dudaba.

Macrocéfalo acabó la copia de la escritura.

—Señor marqués, dijo Roberto, es preciso que os decidais. Si no firmais, haremos nosotros mismos el oficio de barqueros y pasaremos á los dos Penhoel. Es forzoso que comprendais vuestra posicion: tratis con tres hombres que nada tienen que perder, y que tal vez os conserven algunas prevenciones. Estos hombres están habituados á anteponer su interés á cualquiera otra idea de venganza. Creed me; aprovechaos de sus consejos, porque si perdeis esta noche la ocasion, estos hombres servirán ma-

ñana de testigos en la causa de robo y asesinato que los dos Penhoel pretenden formaros.

Pontalés estrechó su calva frente entre las manos.

Un grito se dejó oír fuera en direccion del camino de Redon.

Decia:

—¡Ah de la barca!

El anciano barquero se agitó por segunda vez bajo su cobertor, como si ese grito hubiese hecho terminar su agonía.

—¡Hele ahí! murmuró con voz profunda y anhelosa; ¡lo conozco! ¡Dios mio, concededme una hora de vida para que el criado pueda saludar á su señor antes de comparecer ante vos!

Pontalés tomó una de las copias, estampando en ella repentinamente su firma.

Todos se levantaron.

Roberto apagó la resina.

La voz del agonizante se elevó en medio de la noche.

—¡Ha firmado! murmuró. ¡Asesinos, asesinos! ¡ay de vosotros!

La puerta habia sido abierta. Bibandier, Pontalés y el abogado estaban ya fuera de la cabaña.

—Hace tres meses que está agonizando ese viejo, murmuró Blas, y su testimonio seria terrible en un caso desgraciado.

—Sal, dijo Roberto.

Blas salió.

El Americano en vez de seguirle se dirigió á tientas hácia el lecho del moribundo.

Con un brusco movimiento retiró la almohada de paja que sostenia la cabeza de Benito.

Este exhaló un débil grito; deteníasele la respiracion en la garganta.

—Lo habia dicho, balbuceó luchando contra la muerte; lo habia dicho, no era tuyo.... Dios y la Virgen tengan piedad de mi alma.

El silencio reinó en la cabaña. Roberto, cuya frente pálida se inundaba de un sudor frio, se habia unido á sus cuatro compañeros. Los cinco entraron en la barca. Pontalés y Macrocéfalo estaban armados con puñales que les habia dado Roberto.

El cuerpo de Pontalés era presa de un estremecimiento nervioso; fué el primero que saltó á la barca.

—Todos los que pasen en la barca hasta las doce deben morir.

El marqués parecia exaltado extraordinariamente; la fiebre le quitaba esa cautelosa prudencia que habia conservado tantos años.

Roberto se reia al verle ocupar la proa y blandir el puñal.

Bibandier habia cogido el gancho: Mr. Le-Hivain permanecia en la popa experimentando los tormentos de un hombre pacífico lanzado de pronto en medio de una batalla.

Se detuvieron en el centro del rio. La oscuridad

de la noche no permitia ver á nadie en la orilla opuesta.

—Echaos en el fondo, dijo Roberto. Solo Bibandier debe dejarse ver.

Unió la accion á la palabra, y no se vió ya en la barca mas que la enmarañada cabeza del antiguo bandido.

Al cabo de un minuto se detuvo.

—¡Está solo! murmuró.

—¡A bordo! dijo Roberto.

Luego añadió oprimiendo el brazo á Pontalés:

—Se dice que entre Penhoel y vos existe un odio profundo desde hace un siglo. Teneis derecho á vengaros, señor marqués. Pasareis el primero.

El barco tocó la orilla, y casi al mismo tiempo saltó René de Penhoel sobre sus planchas.

No se pudo distinguir las facciones de su rostro, pero revelaba una agitacion extraordinaria.

—¡Pronto, pronto! balbuceó; ha desaparecido con su caballo negro, pero tal vez no tarde en presentarse de nuevo. Interponed 'entre los dos el rio.

Nuestros cuatro compañeros se habian levantado, pero René no los veia. Su mirada permanecia clavada en la orilla con indecible terror.

Pontalés estaba como fuera de sí; veíase obligado Roberto á detenerlo para evitar que se lanzara sobre su enemigo.

—¡Ahoral murmuraba el Americano, ahora.

Pontalés forcejeaba.

El barco habia cedido á la corriente durante los

cortos minutos en que el gancho de Bibandier había permanecido ocioso.

Encontrábanse entonces cerca de una pequeña isleta en que crecían sauces, los mismos sauces que habían servido de abrigo á Roberto y Blas la noche de su llegada al castillo.

—¡Viral exclamó el Americano; vamos á encallar!

En el momento en que Bibandier, obedeciendo, fijaba el gancho en la tierra, lo agarró una mano invisible, atrayendo violentamente la barca.

El antiguo bandido dió un grito de terror. Sus manos abandonaron el gancho. El barco había chocado contra la isleta, y había allí un hombre de elevada estatura surgido de la tierra como por encanto.

—¡Luis de Penhoel exclamó Roberto, soltando el brazo de Pontalés.

—¡Mientes! gritó René; no hay mas que un Penhoel; el otro era un cobarde y un traidor.

Detúvose su voz en la garganta, porque el marqués de Pontalés, libre ya, acababa de herirle por la espalda.

René cayó pesadamente, permaneciendo atravesado sobre la banda de la barca.

Pontalés se lanzó blandiendo su puñal ensangrentado y gritando:

—¡Al otro, al otro!

El desconocido, que en efecto era Luis de Penhoel, no había visto el golpe que hirió á su herma-

no. Tiró su capa y rompió en la rodilla el palo del gancho.

La barca se deslizaba hácia los pantanos.

El anciano Pontalés cayó, detenido en su carrera por un fuerte golpe en la cabeza.

Luego se empeñó una corta lucha entre el nabab y los otros tres asesinos, porque Bibandier, viendo que los sucesos tomaban un giro trágico, se había colgado de los sauces, alejándose de allí por el camino de Redon.

Los puñales no servían de nada para la terrible arma del nabab.

Cayó una, dos y tres veces.

A cada golpe se oía una imprecación.

Después del último golpe reinó el silencio en la barca.

Luis de Penhoel tiró su arma.

La noche era sombría; sin embargo, distinguió á su hermano sobre la banda.

—René, dijo, estamos salvados.

El señor de Penhoel permaneció inmóvil.

El nabab separó los cadáveres para acercarse á él.

En el momento en que se bajaba para acercarse á él, René, que estaba en equilibrio, hizo un movimiento convulsivo y se deslizó al agua, en que desapareció.

El nabab exhaló un grito; su pié se había deslizado en el mar de sangre que había bajo el cuerpo de su hermano.

Se arrojó al agua vestido, mientras que la bar-

ca, cargada de cuatro cadáveres, proseguía bogando hácia el torreón de la Dama Blanca.

Permaneció largo tiempo bajo el agua, sondeando las profundidades sombrías de los pantanos. Tres veces se pudo verle aparecer y otras tantas oír su sonora voz pronunciar el nombre de su hermano.

Luis desapareció bajo el agua por última vez, ganando en seguida á nado la orilla.

En ese momento tocaba la barca el torrente y desaparecía bajo los velos de vapor y bruma que formaba el ropaje fantástico de la Dama Blanca.

La barca hizo un molinete con violencia, crugiendo sus maderas; los cadáveres se chocaron.

El abismo se cerró.....

Las dos sillas de posta que hemos visto detenerse delante de la posada del Carnero Coronado, sobre el puente de Redon, habían pasado el río Oust por el puente de los Houssayes, y llegado al castillo de Penhoel por el camino practicable á los carruajes.

Las puertas estaban abiertas. Pontalés había querido desafiar los sucesos y proclamar en alta voz que esperaba á pié firme á sus adversarios.

Nada había cambiado en el interior del edificio desde hacía tres meses. Durante ese espacio de tiempo había continuado Pontalés habitando su castillo, no queriendo gozar aún de unos bienes que definitivamente no le pertenecían.

Pasado una vez el término prescrito, contaba tomar la revancha.

Los viajeros de las dos sillas de posta estaban reunidos en el salón.

Habíase acostado á Marta en un ancho sillón, rodeándola todos. Estaba tan pálida como una muerta; sus hermosas facciones, ajadas, revelaban largos días de sufrimiento y tortura. Tenía los ojos cerrados, era su aliento débil, y parecía como que la iba á abandonar la vida.

El tío Juan tenía una de sus manos buscando en ella imperceptibles pulsaciones. Diana y Elena intentaban calentar su otra mano á fuerza de besos.

Blanca estaba de rodillas á sus piés.

En torno suyo se encontraban Enrique, Roger, Vicente y el buen anciano Geraud.

A lo lejos se oyeron gritos agudos y prolongados.

Marta experimentó un débil estremecimiento y agitáronse sus párpados para volver á cerrarse.

Encontrábase en esa triste situación desde su salida de Redon. Sobrados sufrimientos habían desgarrado su corazón de madre. Durante el camino había intentado el tío Juan hablarle y prepararla; pero sus oídos habían permanecido cerrados.

Ignoraba cuanto había sucedido desde algunos días antes.

No tenía esperanza alguna, y su corazón permanecía presa de la desgracia que ya no existía.

Todos en el salón de Penhoel tenían el mismo

pensamiento, sin embargo de que ninguno se atreviese á decirlo en alta voz.

Se decian:

—¡Si muriera antes de ser feliz!

Porque sus mejillas iban poniéndose cada vez mas pálidas, y el aliento que de sus lábios entreabiertos salia, se debilitaba por momentos.

—¡Madre mía! dijo el Angel con las lágrimas en los ojos, ¿no quereis despertar?

Marta no escuchaba.

Elena y Diana levantaban al cielo sus hermosos ojos húmedos, rogando á Dios con todo el poder de sus almas.

Repentinamente se levantaron las dos á la par; el amor habia hecho nacer la misma idea en el fondo de sus corazones.

En un rincon del salon se ocultaban bajo las colgaduras de una ventana las dos arpas, mudas desde hacia mucho tiempo.

Diana y Elena las llevaron en silencio hasta el centro de la estancia.

Luego preludiaron dulcemente.

Despues sus frescas y puras voces se unieron repitiendo aquella cancion bretona que en otra época gustaba tanto Marta oír.

Los testigos de esa escena tenian sus miradas fijas en Marta, conteniendo la respiracion.

La primera estrofa terminó sin que Marta hiciera un movimiento.

Las manos de Diana y Elena temblaban al pul-

sar las cuerdas de sus arpas. Sus voces se confundian con su llanto.

A la segunda estrofa se escapó del pecho de Marta un débil suspiro. Uniéronse todas las manos; sinceros votos subieron al Señor.

Diana y Elena cantaron la tercera estrofa.

Marta abrió los ojos; una vaga sonrisa se advertia en sus lábios.

Elena y Diana abandonaron sus arpas para lanzarse á sus piés.

En ese momento se abrió la puerta del salon, apareciendo en el dintel Luis de Penhoel.

Su hermoso rostro estaba grave y triste; sus negros cabellos, empapados de agua y de sudor, caian en desórden sobre su traje.

La mirada de Marta se fijó primero en Diana, luego en Blanca y Elena: impregnábase su sonrisa de una ternura feliz.

Eleváronse entonces sus párpados, recorriendo sus ojos el círculo de amigos que la rodeaba.

Nadie osó hacer un movimiento ni pronunciar una palabra.

Cuando los ojos de Marta se fijaron en Luis de Penhoel, que permanecia inmóvil en el dintel de la puerta, se estremeció vivamente, coloreando sus mejillas una nube rosada.

—¡Oh! murmuró, ¡los que tanto amo! ¡Diana, Elena, Blanca! ¡queridas hijas mías! ¡Luis, mi pobre Luis! ¡Henos aquí á todos reunidos y felices!

Una espresion de duda é inquietud se estendió por su rostro.

—¡Felices! replicó. Así os encuentro siempre en mis sueños.

Cerráronse de nuevo sus ojos y su cabeza cayó sobre el respaldo del sillón, mientras que sus manos se unian con reconocimiento.

—¡Dios mío! añadió con voz tan débil que apenas podia oírse, si esto es un sueño, haced que no despierte jamás!

.....
.....

FIN.

